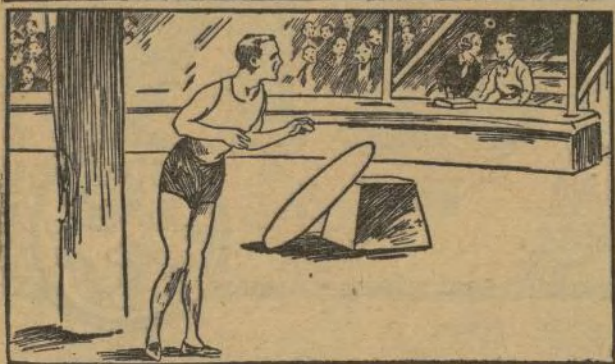




Resumen de lo publicado.— Antonio es un huérfano a quien maltrata de continuo su tutor, el trapeceista Bepo. Un día, la hija del propietario del circo le invita a la función de aquella noche.

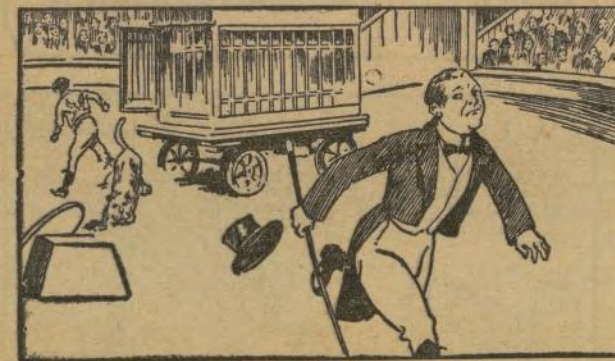
## COMPANEROS DE CIRCO



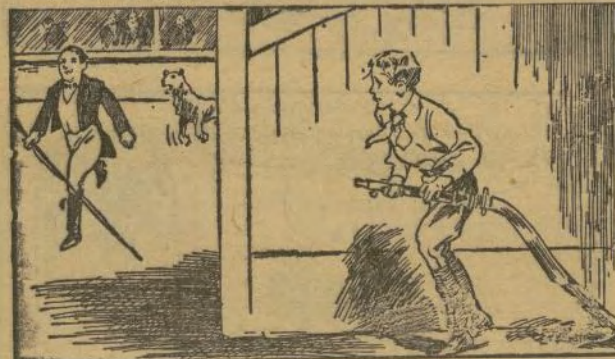
Mercedes me chaba contentísima al gran entoldado del circo, acompañada de Antonio. "Hace mucho tiempo—iba diciendo—que no he estado en el circo de papá. Desde que vine del colegio tengo muchas ganas de ir". Poco después estaban en el circo.



Un rumor de entusiasmo brotó de la concurrencia, cuando el propio señor Smith, propietario del circo, actuando de director de pista, anunció al público que el gran domador señor Terari iba a actuar con su pantera salvaje.



Resonó un grito general de pánico cuando el público se dió cuenta de que la pantera se hallaba libre en el redondel, y al momento, el director de pista y el domador se lanzaron en persecución del animal. La pantera se quedó indecisa un momento.



El público, entre tanto, chillaba y corría, pretendiendo todos salir del circo al mismo tiempo. Antonio llegó rápidamente a donde estaba la manga de incendios y, enchufándola en la boca próxima, la desenrolló dirigiéndose hacia la pista.



En la serie de artistas le tocó el turno a Bepo, y fué muy aplaudido por el público. Luego salió una linda muchacha de pie sobre un caballo blanco y comenzó a hacer emocionantes piruetas mientras su corcel trotaba dando vueltas a la pista.



Mientras el señor Smith hablaba, la pantera se irritó por el chasquido del látigo del domador, y dando un gruñido, se lanzó contra la puerta de la jaula. Por un descuido, la puerta no había quedado bien cerrada y se abrió, dando paso libre a la fiera.



De pronto, al ver el látigo del domador, y recordando su odioso chasquido, rugió y se lanzó en persecución del señor Smith. "¡Papá, papá! ¡Corre!"—gritó Mercedes poniéndose de pie. Una idea había brotado repentina en el cerebro de Antonio.

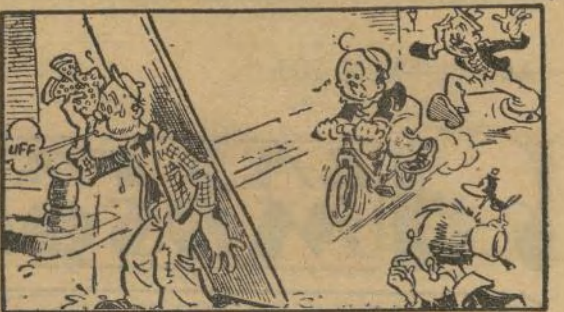


El animal, enfurecido, perseguía al propietario del circo alrededor de la pista. No había tiempo que perder. Antonio avanzó hacia la fiera apuntando con el pitón de la manguera, dispuesto a soltar el agua en el momento oportuno. (Continuará.)

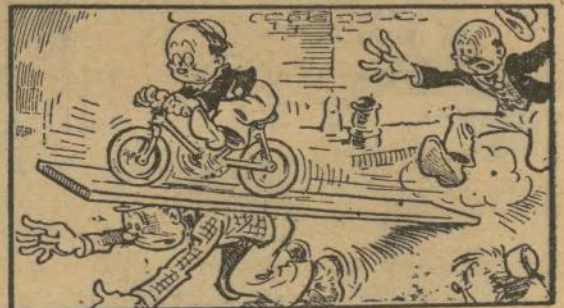
## EL PAPA QUE COMPRO UNA BICICLETA A SU NIÑO.



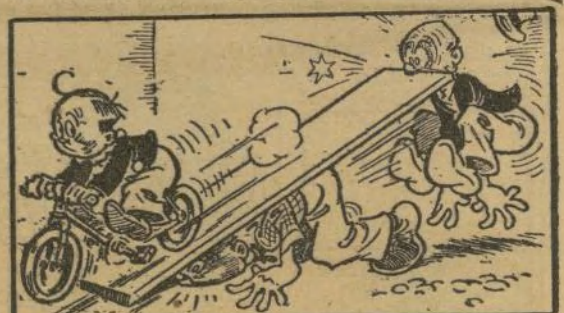
Don Currutaco le había comprado a su hijo Manolín una bicicleta de ocasión, y el chico, para estrenarla, después de pisarle los callos a su pa-



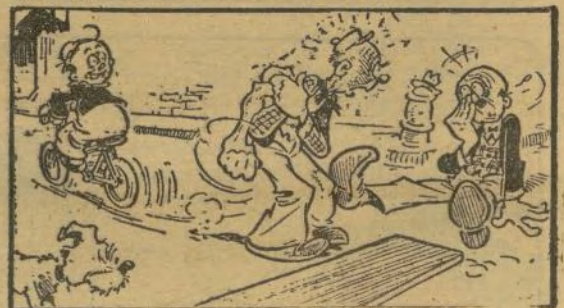
dre, salió corriendo calle abajo. En el camino se le interpuso un obrero que estaba descansando con un pesado tablón a las espaldas. Manolito lo



enfiló con gran pericia y, como si ejecutara un número de circo bien ensayado, subió y bajó limpiamente por trampolín, que osciló sobre las es-



paldas del pobre obrero. Don Currutaco llegó oportunamente para recibir en las narices el golpe de subida del trampolín y ver unas preciosas estrellitas, que sólo así se podían ver a mediodía.



Y no fué eso lo peor; sino que luego, el obrero, creyendo que era don Currutaco quien se había estado juergueando de él, le dió una soba regular para hacerle entrar en juicio. ¡A sus años!

## EL TORNEO



Don Suero y don Menda eran dos quisquillosos caballeros que por un quitame allá esas pajas andaban cada día a lanzadas y mandobles. Don Suero era un



hacha en el manejo de la espada; pero don Menda no tenía rival en el uso de la lanza, y claro está, todas las espadas de don Suero resultaban excesivamen-

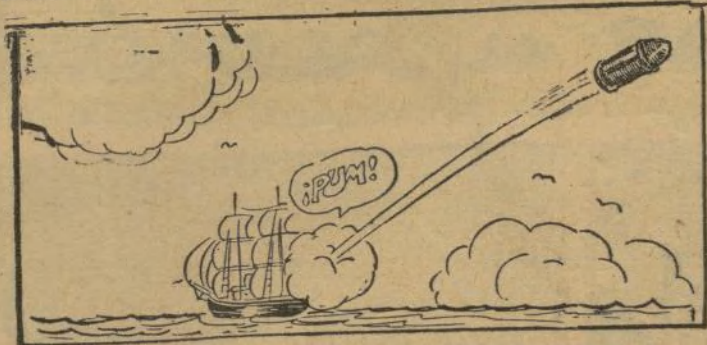


te cortas, y don Menda sabía pararlas con su lanza a las mil maravillas. Por fin, don Suero ideó una terrible arma. Se construyó un casco con un pincho de

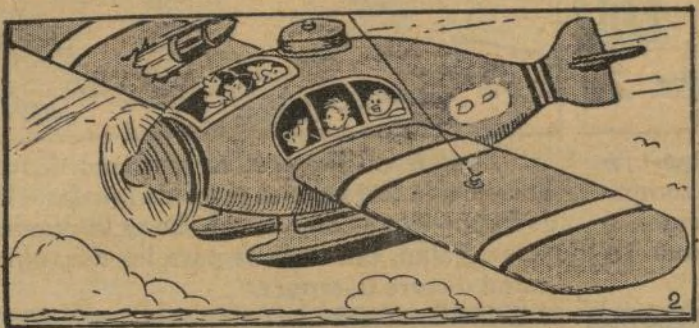
dos palmos. Retó a don Menda, y, cuando éste le acometió furioso, bajó la cabeza, enfiló a su enemigo con el pincho y lo ensartó por la barriga.



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



"El Mellado", al comprobar que el primer disparo no había hecho blanco, dió tal rugido de ira, que estuvo a punto de hundir el buque del remolino que levantó al suspirar.



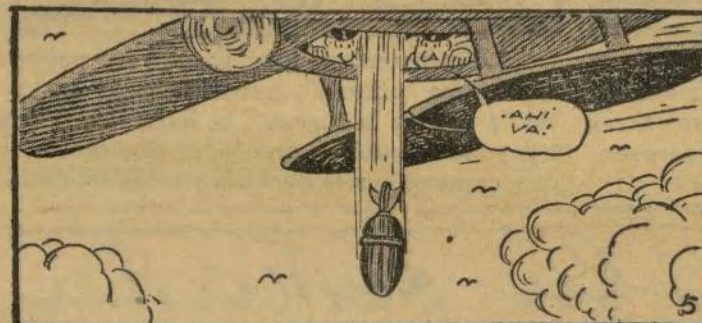
Y afinando la puntería, les lanzó una segunda "castaña" que perforó un ala del avión, poniendo el aparato en grave riesgo de perder el equilibrio y entrar en barrena.



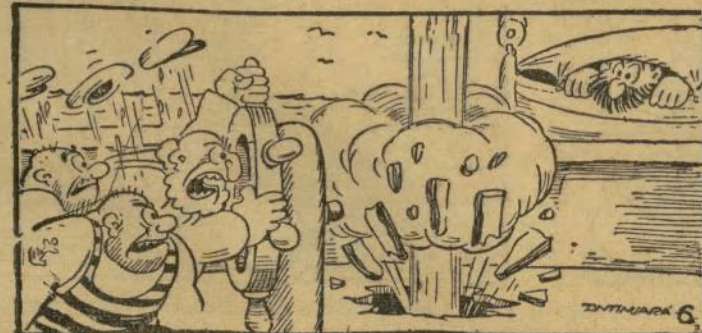
En el barco pirata hubo un rugido de feroz alegría, con la esperanza de verse libres de aquella molesta persecución. En cambio, los heroicos policías y expertos pilotos no se arredraron.



"A ellos, compañeros, antes morir que perder la vida", arengó uno de ellos. Y como si las palabras hubiesen sido bencina, se inflamaron de entusiasmo nuestros amigos.



"Ahora veréis lo que es bueno", rugió un heroico policía, y apuntando cuidadosamente dejó caer una bomba sobre el barco de "el Mellado", el pirata terror de las aguas y los vinos.



La bomba vino a caer sobre cubierta, horadando el casco. Los miserables lanzaron un grito de furor, y "el Mellado" comenzó a dar órdenes para evitar el irse a pique. (Continuará)

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

Un recado de Alfredo

Corriendo como un gamo por las calles de París, con el par de esposas que había cogido al salir huyendo de casa del cerrajero, Gerardo concibió un plan atrevidísimo. Se presentaría en la casa donde acababa de enterarse que tenían secuestrado a Emilio, el amigo y compañero de Pablo, y trataría de libertarlo por la fuerza o por la astucia. Y sin pensarlo más se dirigió hacia la casa cuyas señas le dió el cerrajero Turot.

Salíó a abrirle uno de los dos esbirros que ya conocemos.

—Vengo—dijo—de parte de Turot a traer estos chismes. ¿Tú sabrás para qué son?



cara del esbirro y añadió:

—Por lo visto, la cosa es urgente y él no puede separarse de donde ahora está. Por eso me han enviado a mí.

—¿Eres tú también del servicio secreto?

—No; pero soy íntimo de Alfredo y pertenezco a su mismo club. Aquí tienes mi carta de civismo. Por eso no ha dudado en pedirme ese favor.

—Muy graves y urgentes tienen que ser las razones que haya de por medio para que Alfredo mande tal cosa; y no quisiera que por mí se frustrase un buen servicio. Pasa, pues, y espérame, que yo también saldré con vosotros.

A Gerardo no le cabía el corazón en el pecho. El mastuerzo aquel se había tragado el anzuelo;



éste adoptar la táctica de distraer a su compañero y convidarle a todas las tabernas que encontraron al paso, bebiendo con él y mezclando los tragos con sendos gritos a la revolución. Al principio todo fué perfectamente, y el esbirro iba por momentos perdiendo la serenidad y la cabeza. Gerardo, entre tanto, aprovechaba los momentos que podía para hablar aparte algunas frases con Emilio, advirtiéndole de su personalidad e intenciones, e instruyéndole de lo que debía hacer cuando él le avisara.

Mas, de pronto, el esbirro pareció darse cuenta de aquellos excesivos rodeos que no conducían a ninguna parte, y comenzando a sospechar que allí hubiese gato encerrado, quiso a todo trance apode-

—Hombre; me alegro de que nos haya cumplido su palabra. Pero le había pedido media docena, porque parece que van a caer pronto peces gordos, y habrá que amarrarlos bien.

—Traigo también otro encargo de parte de Alfredo vuestro jefe; y es que me entreguéis, para llevarlo a donde él está, a cierto jovenzuelo que dice que tenéis aquí para domesticarlo. Parece que quiere hacerlo servir esta misma noche de reclamo en la pesca de cierto aristócrata, a quien, por lo visto, el chico conoce y sabe dónde está.

El taimado esbirro se quedó mirando a Gerardo con ojos de zorro. ¿Era posible que aquel desconocido disfrutase de tanta confianza con su jefe? Nuestro amigo leyó estos pensamientos en la

pero tomaba sus precauciones, y la aventura tenía una segunda parte, que Dios sabía cómo iba a acabar. Entró, pues, Gerardo en el domicilio, y tuvo que esperar algunos momentos. Poco después el esbirro apareció acompañado de Emilio, en quien al momento reconoció al infeliz compañero de Pablo. En cambio, Emilio no reconoció a Gerardo ni tan siquiera cuáles fueran sus verdaderas intenciones. Se le dijo que iba a reunirse con personas queridas, y el pobre chico se dejaba conducir lleno de recelo.

Y salieron los tres a la calle. Aunque de noche, había en ellas desacomunada animación y jolgorio, más del que a Gerardo le hubiera conve-

nido para sus planes. En vista de lo cual, decidió

rarse del muchacho y hasta pretendió llamar a los guardias de un puesto cercano. Gerardo entonces, comprendiendo que no había momento que perder, aprovechó una providencial circunstancia que se le ofreció, y viendo cerca una zanja abierta en una calle, condujo disimuladamente hasta ella al esbirro medio beodo, y echándole la zancadilla y dándole un empujón, lo precipitó en el fondo de la sima. Dirigiéndose entonces a Emilio, le dijo precipitadamente:

—¡Escondéos en el número 40 de la primera calle a la derecha!

Y él, por su parte, echó a correr en dirección contraria.

(Continuará)

## PASATIEMPOS

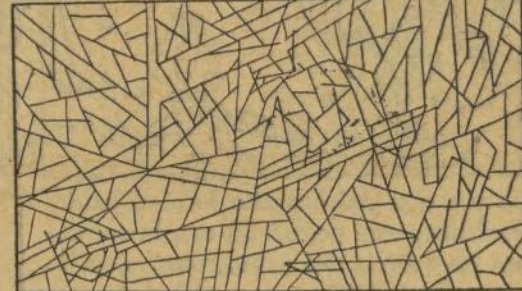


Esta niña salió a dar un paseo por el bosque con tres amiguitas y un perro, y grita desesperada porque se ha perdido. ¿Dónde estarán las tres amiguitas y el perro?

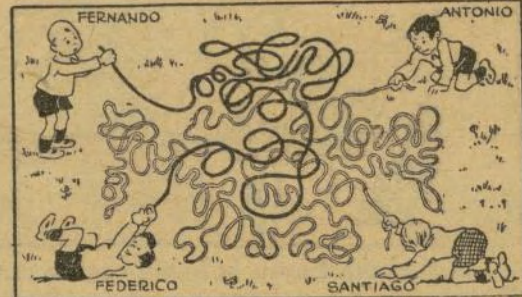
SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Escribid las letras iniciales por el orden que se indican con los números, y veréis que la solución es Belmonte.



A ver si entre este lío de rayas sois capaces de destacar, pintándola de negro, la silueta de un albañil conduciendo una carretilla.



Como veréis, Fernando y Federico son los dos niños que sujetan una misma cuerda por sus extremos.



# DON SEVERO AVENTURERO



Severo quiso presenciar las habilidades de aquellos dos pimpollos que jugaban al balón, al pie de un copudo



castaño de Indias. Lalito chutó, y el balón, con desesperación del rapaz, se quedó prisionero entre el follaje



del árbol. Don Severo celebró mucho el lance, y se dispuso a sentarse en un banco próximo, sin reparar en los

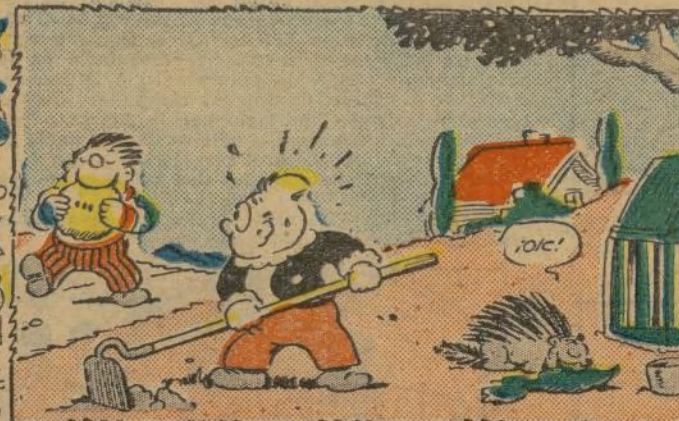


erizos que del castaño habían caído. Del bote que pegó, dió con la cabeza en las ramas del árbol, que, con la sacudida, dejaron caer el balón.

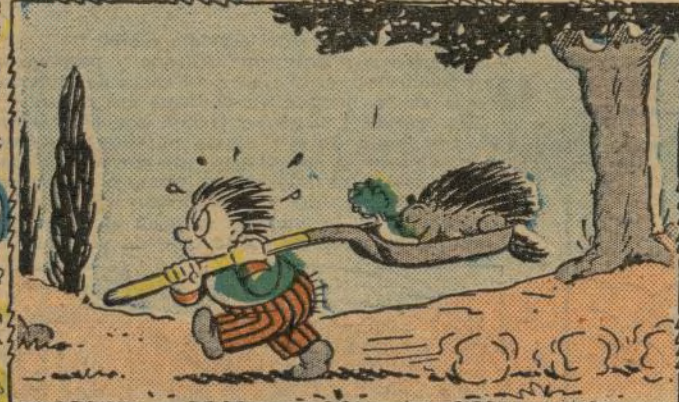


Aquel día Laura la había cogido marinera. Como si fuese un lobo de mar, rugía: "Voto a Satán. ¡Colgados a todos del palo de mesana!

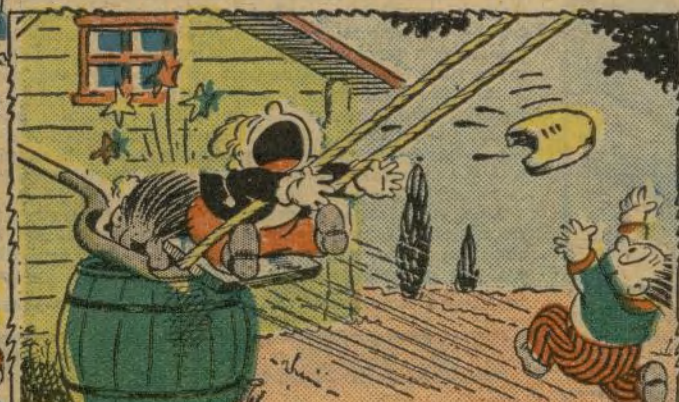
# HAZAÑAS AL ALIMÓN



Los pilluelos juraron por su salud que jamás volverían a meterse con el capitán y compañeros mártires, y desde aquel día se emplearon a trabajar con ahínco, ante la alegría de mamá Tecla, que les recompensó con una torta.



Hay momentos en que se quisiera ser un ser superior para destruir el mundo. Perdígón no quería tanto, pero sí que le concediera la fuerza de un hipopótamo y las intenciones de un mosquito, para vengarse fieramente.



Pero el troglodita y grecorromano de Perdígón lanzó un grito de entusiasmo al comprobar el recibimiento de que era objeto su hermanito, mientras caía en sus manos la torta origen de aquel sorprendente pugilato.



Tarugo vió llegar a su hermano dándole cabecado a la torta que si se los da iguales a la estatua de Felipe IV se come el caballo, y le dijo iracundo "Oye, galán, esa torta es para los dos, o me das mitad o corre la sangre."



Con estas intenciones, Perdígón dió vista a su hermano, que se comía la torta subido en un columpio, sin duda para hacer una comida de altura. "Malditas sean tus clavículas—murmuró Tarugo—Te acordarás de mí."



Lo primero que hizo Tarugo fué pegar a su hermano una "morra", que si la pega en un aparato de "a probar la fuerza", se hace rico. Perdígón entonces le mordió en un ojo, se enzarzaron a bofetadas, capones con la barbilla y rodillazos en el hígado.

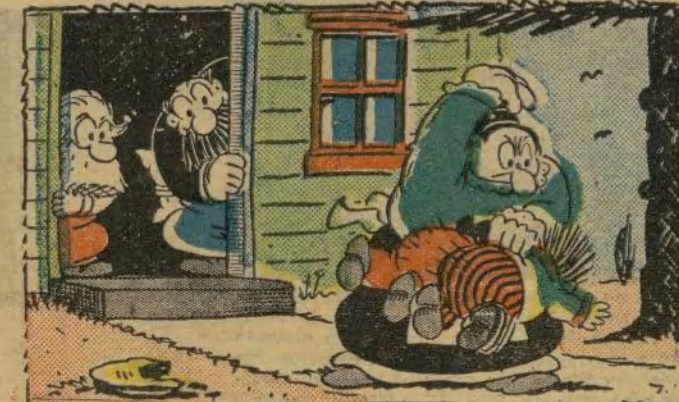
# TARUGO Y PERDIGÓN



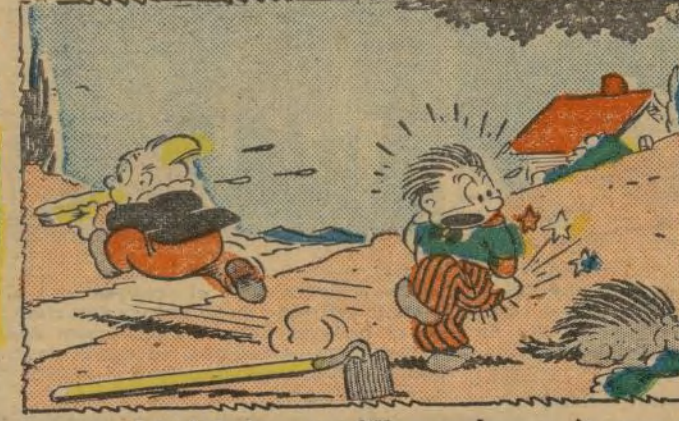
"A ver si te callas, pigmeo repugnante—repuso Perdígón—; no pidas la torta, no sea que te encuentres con un tortazo." Aquellas frases le sentaron a Tarugo peor que si le hubieran atizado una patada en la frente y...



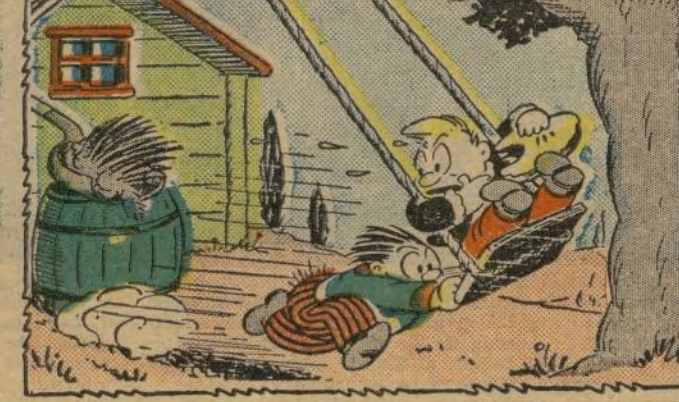
La tragedia se cernía por aquellos tranquilos lugares. Los hermanos rompían la armonía que tantos años les unió, y, por lo visto, se iban a romper la armonía y las narices. "Come, come, asalariado"—masculló Tarugo.



Mamá Tecla y Barba-Cana creyeron en principio que se había declarado la guerra europea, o que habían autorizado las finales de fútbol en la isla; pero bien pronto comprobaron la verdad, y entonces también ellos tomaron parte



...echándole la zancadilla a su hermanito con el rastrillo, le hizo caer "de boca" sobre las púas del puerco-espín, en tanto que Tarugo cargaba con la torta, dejando a Perdígón más picado que un toro de bandera.



Y luego de haber colocado estratégicamente al puerco-espín, se lanzó sobre su hermano y le impulsó fuertemente: "Quieto, troglodita—rugió Tarugo, sintiendo que se le erizaba el tupé del susto—Quieto, grecorromano."



Y las púas que adornaban las "popas", se clavaron en las manos de los viejos, que al fin consiguieron separar y castigar a los chicos. "Te patearé el cerebro"—murmuraba Tarugo—. "Me haré un pito con tu peroné"—rezongaba Perdígón.

(Continuará)

# TERESA NIÑA TRAVIESA



Teresa huía de su eterno enemigo Pirueta, y temía ya caer en sus manos, cuando vió en una valla un pe-



queño agujero por donde justamente podría colarse su diminuta persona. Y se coló. Pero llegó Pirulete, y como

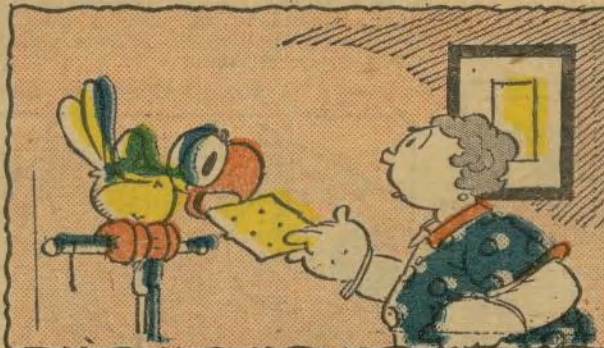


no cabía por el coladero, se decidió a saltar la valla en persecución de Teresa. El muchacho se quedó pendu-



lando encima de la valla, y Teresa, siempre ocurrente, lo agarró por la bufanda, pasó ésta por el agujero y le ató con ella los pies a Pirulete.

# Risa para la semana con "Laura" la churlatana



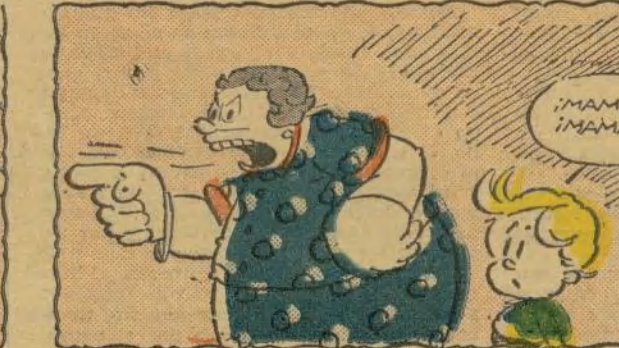
Doña Tecla, que conocía muy bien el específico para cortar estos ataques, acudió solicitando su galleta, que Laura comenzó a devorar.



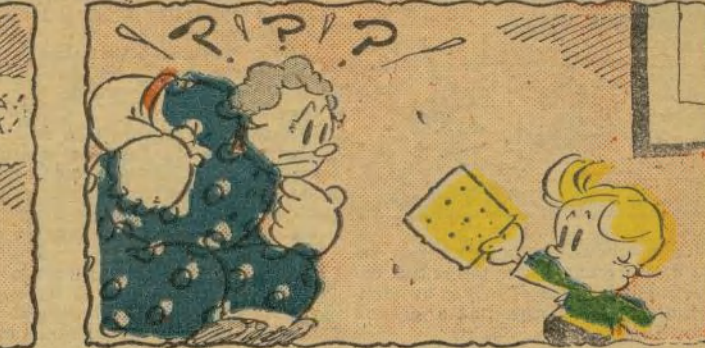
Y momentos después Yeyito oyó a su mamá que iba diciendo tan satisfecha: "¡Parece mentira lo bien que estas galletas hacen callar!"



En esto, doña Tecla sorprendió al pobre don Fielato en la sala, fumando su cachimba, cosa que tenía rigurosamente prohibida!



Y disparándose como un despertador roto, comenzó a echar por la boca una sarta de imprecaciones, que amenazaban no acabar...



Entonces Yeyito, acordándose del remedio heroico para cerrar el pico, fué a buscar una galleta de las de Laura, y se la dió a su mamá.



# EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

Resumen de lo publicado.—Sir Roger Waverly, para apoderarse de la fortuna de su hermano gemelo, Sir Jorge, lo secuestró, y, encerrado en un saco, lo llevó a la posada del Buho Blanco. Tomás, un muchacho empleado en la posada, lo descubrió, y, ayudado por Anita, la pupila del posadero, le ayudó a escaparse y esconderse. Una noche Tomás divisa luz en una quinta cercana y da la voz de alarma en la posada.



Corriendo en tropel, y resonando sus pisadas en el silencio de la noche, llegaron ante la quinta abandonada el posadero y los dos hombres del séquito de Sir Roger, y con ellos Tomás y Anita. Intrigados todos por aquel misterioso...



Esta es la habitación donde el chico ha visto luz—dijo el posadero con el espanto reflejado en su oronda faz, cuando se hallaron ante el abandonado edificio—. ¡Vamos, señores; entremos y caigamos sobre el villano que ha arredido a Sir Roger!



Nadie se movía. Tomás fué, al fin, quien armándose de valor abrió la puerta y avanzó el primero en la oscuridad, penetrando en la estancia. Pero estaba vacía. "¡Imbécil! ¿Qué embustes nos has venido a contar?"—rugió el posadero desde la retaguardia.



"No es mentira, mi amo—respondió Tomás desde en medio de la habitación—. Fué en esta habitación donde yo he visto luz y la sombra de Sir Roger. ¡Se lo aseguro! Yo..." y su frase quedó interrumpida por un grito de Anita. "¡Tío! ¡Mire usted este sombrero que había en el suelo!"



Una exclamación de asombro brotó de labios de los familiares de Sir Roger. "¡Mil rayos! ¡Este sombrero es de nuestro amo!"—gritó uno de ellos arrebatando el sombrero de manos de Anita. Pero, al momento, todos volvieron la cabeza al oír un ruido sordo a sus espaldas como si rascasen en la pared.



Y mientras los hombres estaban mirando hacia la puerta, dos manos blancas surgieron de la oscuridad y, con sin par presteza, arrebataron el sombrero de manos de Anita. Anita dió un grito de terror: "¡El sombrero! ¡Alguien me ha quitado el sombrero de mis manos!"



Tomás miró a su compañera y vió que estaba temblando de miedo. Seguidamente se hizo un minucioso registro en la habitación; pero se vió bien claramente que no había allí nadie más que las personas venidas de la posada. "¡Hum!—murmuró maese Lear—. ¡Esto parece cosa de duendes!"



El mismo Tomás estaba deseando abandonar aquel extraño edificio, donde sólo se respiraba inquietud y misterio. Y así que oídos decidieron salir y regresaron a la posada, hablando entre sí cautelosamente de los extraordinarios lances que les acababan de acontecer.



"Me parece que en todo esto hay algún enigma oculto"—afirmó maese Lear en el momento de abrir la puerta de la posada. Y quedándose como clavado en el sitio, no pudo reprimir un grito de espanto. En el vestíbulo estaba Sir Roger con una mirada inquisidora en sus ojos. (Continuará.)

## CUENTO LOS DOS BARQUITOS

Acababa de caer un gran chaparrón. Las gotas de agua, suspendidas en las ramas de los árboles, semejaban gotas de diamante. Los pajarillos secaban su plumaje, sacudiendo las alitas con movimientos graciosos.

Los regueros de las calles engrosaban



con aquella abundancia de agua que las nubes habían descargado; parecían pequeños riachuelos, cuyas efímeras corrientes disminuían desde que había cesado de caer la lluvia.

Dos niños, que estaban sentados a la ventana de un cuarto bajo, seguían con la mayor atención los progresos decrecientes de aquellos riachuelos, y se apresuraban a concluir dos barquitos de pa-

pel que estaban haciendo y que pensaban lanzar al agua para correr fortuna.

Cuando vieron, al fin, terminada su obra, no pudieron retener su alegría, y, en efecto, la cosa lo merecía, porque los tales barquitos eran una verdadera maravilla. Construidos con cartón finísimo y elegantes y airoso de forma, con sus cordajes, sus brillantes banderolas y otros mil adornos, eran los barcos de papel más bonitos y artísticos que jamás se vieron.

Sólo faltaba comprobar sus condiciones marinerías, y los dos niños, apoyándose en el antepecho de la ventana, medían con la vista la distancia que los separaba del arroyo a la calle. "¡Ea!—exclamó uno de los dos diminutos constructores—. En marcha, amiguitos." Y los dos barquichuelos, lanzados por tan diestras manos, se encontraron flotando y expuestos a todos los peligros de la navegación.

Vacilantes por la fuerte sacudida que llevaron al caer en el agua, y embarazados por los remolinos que ésta hacía, empezaron por balancearse mucho a derecha e izquierda, hasta que, al fin, consiguieron enderezarse y ponerse en equilibrio, y, entonces, afirmándose sobre sus cascos, empezaron a marchar majestuosamente, acompañados por los gritos de

alegría de sus constructores, que los vieron partir entre exclamaciones de júbilo.

Los dos buquecillos, sin embargo, no navegaban de la misma manera. El uno, mostrando una gran prudencia, marchaba siempre cerca de la orilla del arroyo, como si temiera arriesgarse a navegar en sitios peligrosos; el otro, por el contrario, parecía que buscaba el movimiento y se lanzaba osadamente en medio del arroyo, en donde era más impetuosa y fuerte la corriente.

No se tardó mucho tiempo sin que los dos barquichuelos dejaran de marchar en la misma línea, y el barco circunspecto fué rebasado y dejado atrás por el barco aventurero. De esta manera llegaron a un recodo de la calle, en donde el arroyo se dividía en dos brazos. Por un lado, el agua continuaba deslizándose por la calle solitaria; por el otro se escurría por una pendiente bastante inclinada que conducía a la calzada de un bulevar. muy animado por los carruajes y por los transeúntes que circulaban por él.

Oscilando a derecha e izquierda, el barquito podía elegir uno u otro camino; pero no estuvo vacilante mucho tiempo, sino que, deslumbrado por el aspecto brillante que presentaba el bulevar, fastidiado por el silencio de la calle por donde había navegado hasta entonces, se lanzó intrépidamente y sin reflexionar a la corriente rápida, que no tardó en con-

ducirle en medio del gentío. Ni la rapidez de la corriente, ni el tumulto que reinaba en semejante paraje le arredraron; al contrario, al deslizarse por el arroyo de la calle elegante y tan poblada de ruidos, sintió desprecio hacia su anterior cauce y se pavoneó, sintiéndose más fuerte, más esbelto y más arrogante.

Todo lo encontraba encantador en aquel nuevo camino, y extendía sus velas, agitaba sus banderines, y, pensando en su compañero, murmuraba despectivamente: "¡Qué cobarde! Bien merecido se tiene el andar siempre en aquella calle sucia y desierta. ¡Bah!—concluyó. Es que yo soy mucho más distinguido, más hermoso y más valiente que aquel desgraciado de compañero". (Continuará.)





## PASATIEMPOS



¡Oh!, el encanto poético de la apacible ermita solitaria, con su torrecita circular y su veredita que va no sabemos a dónde, pero desde luego a algún sitio bello y evocador. ¡Oh! La imaginación creadora y las dotes artísticas de Sebastián León, de once años y de Jaén.



El que no sepa apreciar toda la gracia y la expresión y la soltura con que está concebido y realizado este dibujo de la niña del paraguas, obra que nos envía Mariquita Blancas Alvarez, de siete años, desde Vitoria, que se meta a picapedrero, porque no entiende palote de arte ni tiene temperamento de artista.



—¿Es la primera vez que monta usted en bicicleta?  
—No, señor; es la última.



—¿Cómo se dice, papá, gripe o gripé.  
—Gripe.  
—Entonces, ¿por qué dicen los periódicos que la gripe se acentúa.

## EL VENDEDOR DE PATATAS



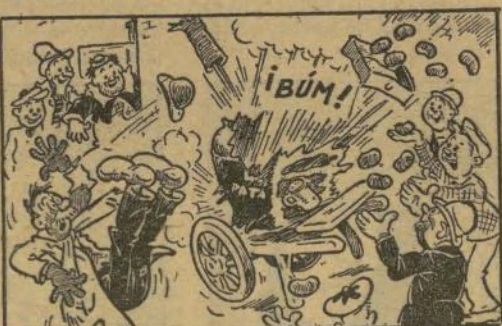
Pincho y Pancho tenían aquella tarde hambre atrasada para repartir entre los quintos de un batallón, y lo que peor era, no vislumbraban trabajo por ninguna parte. Al fin, qui-



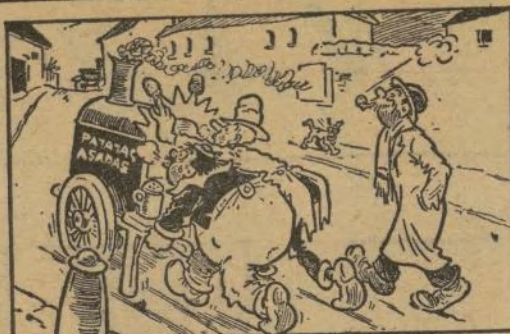
cuesta. Echando los bofes, porque no podían ya ni con su alma, coronaron la codiciada meta; pero el vendedor, que era un guasón, les dijo que le habían entendido mal; que lo que



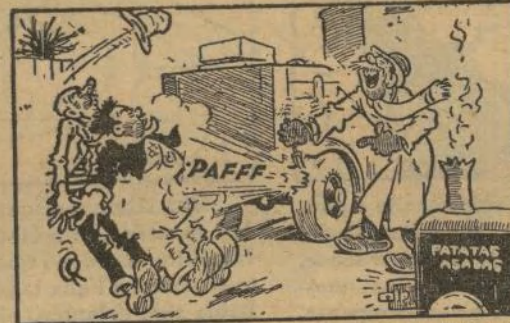
con decir al dueño que ellos habían sido los autores de aquel desaguisado. Nuestro vendedor siguió impávido su tarea de engañar a chicos y grandes, cobrando en buenas monedas y pagando en malas y pequeñas patatas, mien-



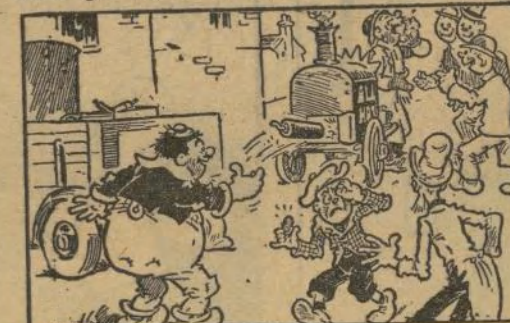
puntería, que lo introdujo por la puertecilla del horno. Una sonora explosión retumbó instantáneamente. El carro voló hecho trizas, y las patatas volaron por el aire. Pero no tuvieron tiempo siquiera de caer al suelo; porque



so su buena estrella ponerlos en presencia de un vendedor ambulante de patatas asadas, que les prometió darles una para que se la partieran si le subían su carro a lo alto de aquella



había prometido darles no era una patata, sino una sorpresa; y se la dió, en efecto, pinchando con un tenedor el neumático de un camión que allí había parado, y amenazándolos



tras Pincho y Pancho juraron vengarse. Pronto hallaron el medio oportuno. Precisamente en aquel camión había unos cuantos cartuchos de pólvora, y cogiendo uno de ellos Pancho, lo lanzó contra el carro, con tan buena



las esperaban mil manos de los compradores engañados, que ahora se alejaban comiéndose las tan campantes y satisfechos. El colofón lo puso un guardia, llevándose al indecoroso patatero, por escándalo en la vía pública.

## AMENIDADES



Tarugo y Perdigón riñen, y se dan de mojicones, ¿o se abrazan tiernamente? El que quiera salir de dudas, que lo pregunte al autor de este inquietante dibujo, Alfonsito Verdugo, de Madrid.



—¿Cuál de los dos ha roto el vaso?  
—¡No os parecerá bien que yo traicione a mi hermano!



Las dos torres gemelas de la iglesia de Pola de Siero son estas que veis aquí, maravillosamente vistas e inmortalizadas por el lápiz de César Cifuentes, que está llamado a altos destinos artísticos. ¡Enhorabuena, pollo!

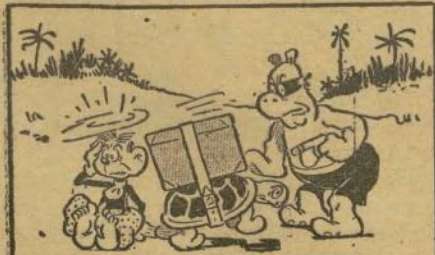


—Si no me sueitas te daré con la garrota.

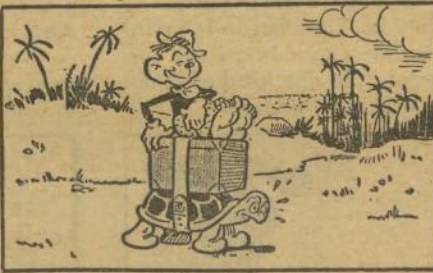
El juez.—Se le acusa a usted de haber vertido un cubo de agua sobre el querellante.  
La acusada.—No lo niego; pero como era de noche tomé a este señor por mi marido.

## EL Bandolero

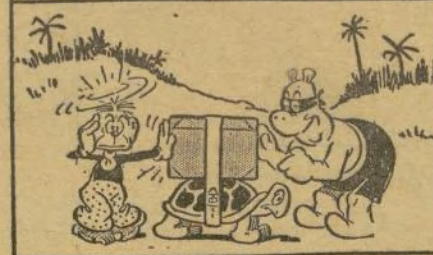
Mikito decidió trasladar su residencia al vecino poblado, y metiendo en la maleta sus enseres y todos sus ahorros,



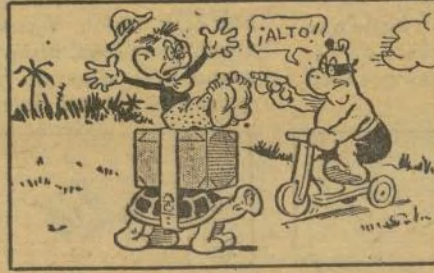
tuga al oír la voz de "¡alto!" fué morrocuto. La tortuga levantó las manos y tiró a Mikito por tierra. Pero cuando más



montó uno de los veloces corceles de alquiler en aquel pueblo. Se enteró don "Hipo", y para vengarse de las anterio-



descuidado estaba don "Hipo", Mikito le tiró encima su cofre, lo derribó, se echó encima de él, lo ató sobre la tor-



res jugarretas de Mikito, decidió atrcarlo en medio del camino. Se compró un antifaz—cosa indispensable para que



tuga y, enganchando a ésta el patinete y montando él encima con su maleta, llevó al feroz e improvisado bandido al



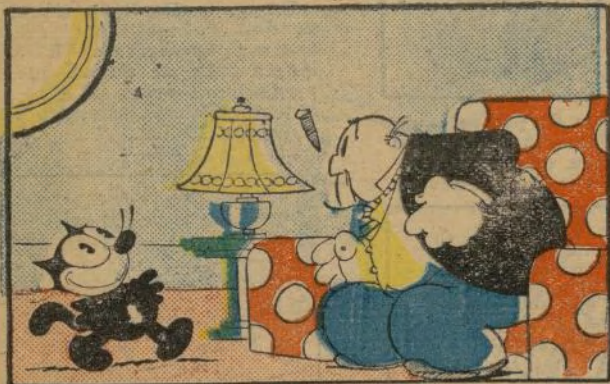
no le conocieran—, y se echó al campo, montado en un modernísimo patinete. El susto que se llevaron Mikito y la tor-



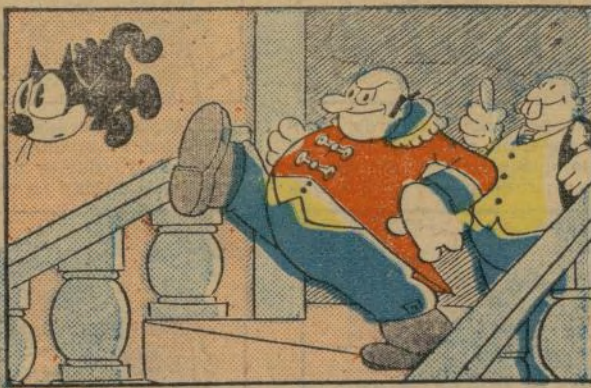
puesto más próximo de Policía. ¡Pobre don "Hipo"! Todo le salía mal contra Mikito.



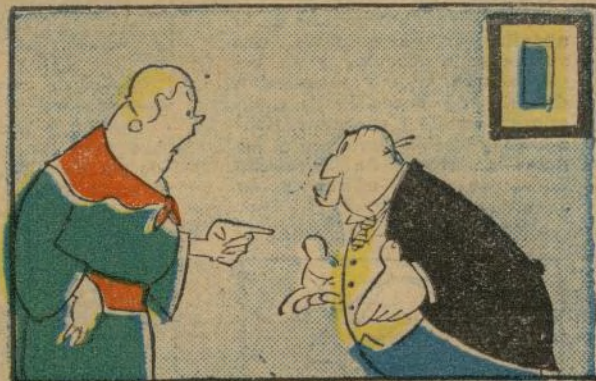
# ANDANZAS DEL GATO FELIX



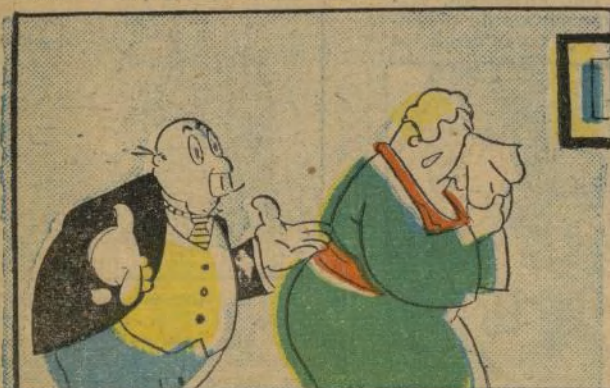
Ya recordaréis que Félix había sido echado a puntapiés de su palacio por el propio don Abundancio. Pues bien, "¿cuál no sería la sorpresa del buen señor, cuando pocos días después vió de nuevo a nuestro Félix que se colaba, tan orondo y tan campante, como Pedro por su casa? ¡Qué tío más fresco!"



Don Abundancio montó en cólera, como podía haber montado en motocicleta, y llamando a su criado Hipólito, le ordenó que de la manera más convincente enseñase a Félix la puerta de la calle. Hipólito, que había sido delantero centro del equipo de su pueblo, chutó y envió a Félix a la acera de enfrente.



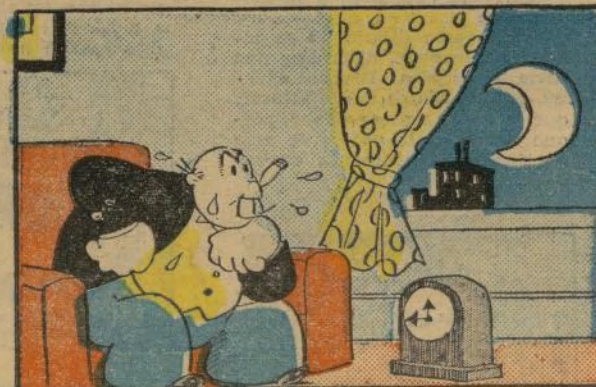
Pero no era tan imprudente Félix como parecía, y sus buenas razones había tenido para colarse tan decidido en la casa. Porque era el caso que doña Tula, la esposa de don Abundancio, quería a Félix como a las niñas de sus ojos, porque se le había metido en la cabeza que era su mascota de la buena suerte.



Y cuando se enteró de la despedida del gato, le armó tal escena a su marido, que éste tuvo que asegurarle que Félix no había sido despedido, sino que había salido sencillamente a dar un paseito, y que dentro de poco rato volvería por las buenas a casa. ¡Pues no faltaba más!



Pero doña Tula no se tragaba tan fácilmente las bulas, y para probar la veracidad de don Abundancio, le propuso una sencilla apuesta: si el gato volvía, ella le regalaría un puro a su marido; en caso contrario él le tendría que regalar a ella un collar de perlas de las buenas...



¿Cómo iba a negarse don Abundancio a aceptar el reto sin descubrir que había tratado de engañar a su mujer? ¡Y allí hubierais visto al pobre señor sufriendo horribles trasudores conforme pasaban las horas y comprobaba que al fresco aquel de Félix no se le ocurría volver para sacarle de apuros!



La paciencia se le agotaba y el collar aquel de perlas que tendría que comprar a doña Tula comenzaba a apretarle a don Abundancio como un dogal; hasta que por fin el pobre hombre decidió salir en busca de Félix con su botella de leche bajo el brazo, porque bien conocía las debilidades del minino.



Y lo encontró. Lo encontró cerca, enfurruñado como un nene cabezón que se niega a cenar porque le han contrariado. Y cuando don Abundancio le invitó a seguirle a casa, prometiéndole que se le trataría con mimo. Félix dijo que "magras", lo que, traducido del esperanto gatuno, quiere decir que "nones".



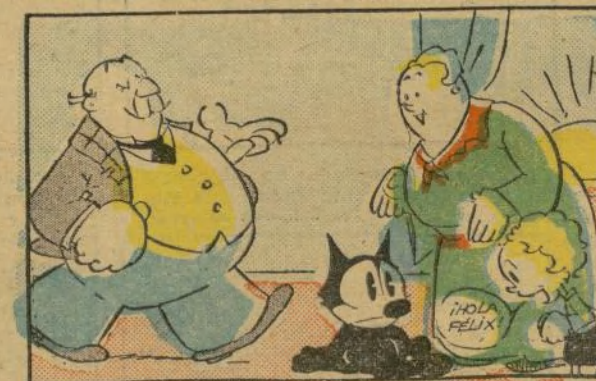
Y echó a correr bosque adentro, sin que bastaran a detenerlo ni los halagos ni las promesas de don Abundancio; hasta que harto ya éste de tanto trotar y de tantas contemplaciones, vino a encontrar una soga en el suelo, y acordándose del collar de su mujer, decidió echar mano de los remedios heroicos.



En un descuido de Félix, le echó el lazo al cuello, y tirando de él a ratos como de un burro de recua, y a ratos empujándolo con una horca, sudando a mares, roto, aspado, consiguió, por fin, don Abundancio, ya entrada la noche, llegar con su prisionero a su casa.



¡Y no fué menuda la patada que le arreó en la popa, chutando con él a "goal" a la primera ventana que encontró abierta! Félix no podía explicarse aquel empeño por llevarlo a la casa de donde con tan malos modos le habían echado, y se figuraba verse juguete de las aficiones futbolísticas de Hipólito.



Pero todos sus recelos se disiparon cuando vió a doña Tula que salía a su encuentro y le prodigaba toda clase de mimos, y al pequeño Pirulín que comenzó a jugar con él. Momentos después aparecía don Abundancio, con una caraza de satisfacción no fingida, porque se había ahorrado su buen collar de perlas.

(Continuará)